

entusiasmados por aquel asqueroso fango. Los mecheros de gas tenían una llama corta, un párpado sanguinolento que latía. Alrededor de las fuentes, bajo el pálido día de las lumbreras, se aproximaban a las mesas de los carniceros. Allí gozaban viendo a los mondongueros, con los delantales tiesos de las salpicaduras, romper una por una las cabezas de carnero, de un golpe de mazo. Y permanecían por espacio de horas enteras aguardando que los cestos estuviesen vacíos, retenidos por el crujir de huesos, y queriendo ver hasta el fin cómo se arrancaban las lenguas y se separaban los sesos de entre los fragmentos de los cráneos. A veces, un peón pasaba por detrás de ellos lavando el sótano con una manguera; los suelos chorreaban con ruido de esclusa, y el rudo chorro de la manguera golpeaba las losas sin poder llevarse ni la herrumbre ni el hedor de la sangre.

Al caer la tarde, entre las cuatro y las cinco, Cadina y Marjolin estaban seguros de encontrar a Claudio en la venta al por mayor de los bofes de buey. Estaba allí, en medio de los carros de los triperos arrimados a las aceras, entre la muchedumbre de hombres de blusas azules y delantales blancos, apretujados, con los oídos destrozados por las ofertas hechas en voz alta; pero ni siquiera sentía los codazos, y permanecía como en éxtasis frente a los grandes bofes colgados de los garfios de la subasta.

Muchas veces explicó a Cadina y a Marjolin que no había nada más hermoso. Los bofes eran de un color de rosa pálido que se iba acentuando poco a poco, hasta quedar ribeteado, por abajo, de vivo carmín; y Claudio Lantier decía que eran de raso tornasolado, pues no encontraba otra palabra para pintar aquella suavidad sedosa, aquellos pedazos largos y fres-

cos, aquellas carnes livianas que caían formando anchos pliegues, como colgadas faldas de bailarinas. Hablaba de gasas, de encajes que dejaban ver la cadera de una mujer bonita. Cuando un golpe de sol, cayendo sobre los grandes bofes, les ponía un cinturón de oro, Claudio, con los ojos pasmados, era más feliz que si hubiese visto desfilar las desnudeces de las diosas griegas y los trajes de brocado de las castellanas románticas.

El pintor se hizo gran amigo de los dos pilluelos. Sentía gran amor por los hermosos brutos. Mucho tiempo estuvo soñando en un cuadro colosal, Cadina y Marjolin amándose en medio de los Mercados centrales, en las legumbres en el pescado, en las carnes. Les hubiera sentado sobre su lecho de alimentos, cogidos por la cintura y cambiando un beso idílico. Y veía allí una manifestación artística, el positivismo del arte, del arte moderno, todo experimental y todo materialista; también veía una sátira de la pintura de ideas, un bofetón dado a las viejas escuelas. Pero durante dos años estuvo comenzando bocetos sin poder encontrar la nota justa. Destrozó unas quince telas. Por esto se conservó a sí mismo un gran rencor, y continuó viviendo con sus dos modelos por una especie de amor sin esperanza a su fracasado cuadro. A menudo, por la tarde, cuando los encontraba vagabudeando, recorría Claudio con ellos todo el barrio de los Mercados, sin objeto determinado, con las manos metidas en los bolsillos, y profundamente interesado por la vida de las calles.

Y los tres se iban de paseo, arrastrando los tacones por las aceras, ocupando toda la anchura de ésta, y obligando a bajar a los transeuntes. Olfateaban los olores de París, con la nariz al aire. Hubieran conocido cada rincón con los

ojos cerrados, tan sólo por las emanaciones licorosas que salían de las tiendas de vinos, por las ráfagas cálidas de panaderías y pastelerías, por lo insípidos escarpates de las fruterías. Eran grandes paseos. Complacíanse en atravesar la rotonda del Mercado del trigo, la enorme y pesada jaula de piedra, en medio de los montones de los blancos sacos de harina, oyendo el ruido de sus pasos, que se repercutía en el silencio de la sonora bóveda. Adoraban los antiguos pedazos de calle, que habían quedado desiertos, negros y tristes como un rincón de ciudad abandonada, la calle de Babilie, la calle de Sauval, la calle de los Dos Escudos, la calle de Viarmes, descolorida por la vecindad de los molineros y en la que hormiguea a las cuatro la bolsa de los granos. De ordinario solían partir de allí. Lentamente, recorrían la calle de Vanvilliers, deteniéndose ante los mezquinos bodegones, enseñándose, con el rabillo del ojo, entre carcajadas, el gran número amarillo de una casa con las persianas cerradas. En el atascamiento de la calle de Prouvaires, Claudio guiñaba los ojos y miraba, en frente, al final de la calle cubierta, en cuadrado bajo aquel inmenso tinglado de estación moderna, un portillo lateral de San Eustaquio, con su rosetón y sus dos pisos de ventanas de plena cintra; decía, a manera de desafío, que toda la Edad Media y todo el Renacimiento cabían bajo los Mercados centrales. Después, al recorrer las anchas calles nuevas, la calle del Puente Nuevo y la de los Mercados, explicaba a los dos pilluelos la vida nueva, las aceras soberbias, las altas casas, el lujo de los almacenes; anunciaban un arte original que sentía venir, decía, y por no poder revelarlo, se mordía los puños. Pero Cadina y Marjolin preferían el sosiego provinciano de la calle des Bourdonnais,

en donde se puede jugar a los bolos sin temor se ser aplastado; la pequeña se las echaba de hermosa, al pasar ante las sombrererías y guanterías al por mayor, en tanto que, en cada puerta, dependientes con la cabeza descubierta y la pluma en la oreja, la seguían con la vista, con aire de aburrimento. Pero los tres preferían aún los restos del viejo París que había quedado en pie, las calles de la Alfarería y de la Lencería, con sus casas ventrudas, sus tiendas de mantequilla, de huevos y de quesos; las calles de la Ferretería y de las Agujas, las hermosas calles de antaño, de estrechos almacenes oscuros; sobre todo la calle de Courtalon, una callejuela negra, sórdida, que va de la plaza de Santa Oportuna a la calle de San Dionisio, agujereada por mal olientes pasillos, en el fondo de los cuales había pilleado cuando eran más jóvenes. En la calle de San Dionisio, entraban en las golosinas; sonreían a las manzanas, a los palos de regaliz, a las ciruelas, al azúcar cande de lonjistas y drogueros. Sus paseos acababan siempre con ideas de cosas buenas, con deseos de comerse los escaparates con los ojos. El barrio era para ellos una gran mesa siempre servida, un postre eterno, al cual bien hubieran querido alargar las manos. Apenas visitaban un instante el otro conjunto de destarladas casuchas, las calles Pirouette, de Mondétour, de la Truhanería Pequeña, de la Truhanería Grande, interesados sólo a medias por los depósitos de caracoles, por las tiendas de hierbas cocidas, por las zahurdas de los mondongueros y de los licoristas; no obstante, había en la calle de la Truhanería Grande una fábrica de jabón, muy agradable en medio de los hedores vecinos, que hacía detenerse a Marjolin, esperando que alguien entrase o saliese para recibir en el rostro la ráfaga de aire

30824

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FALCONES REYNOLDS
Año. 1925 MONTREPOS

de la puerta. Y volvían en seguida a las calles de Pierre Lescot y de Rambuteau. Cadina adoraba las salazones, y se quedaba llena de admiración ante los montones de arenques ahumados, ante los barriles de anchoas y de alcaparras, ante los toneles de pepinillos y de aceitunas, en donde se sumergían cucharas de palo; el olor del vinagre le cosquilleaba deliciosamente la garganta; la aspereza de los enrollados bacalaos, de los salmones ahumados, de los tocinos y de los jamones, el punto de agrio de las cestas de limones, le hacían asomar con apetito, al borde de los labios la punta de la lengua húmeda; y también le gustaba ver los montones de latas de sardinas, que forman, en medio de los sacos y de las cajas, trabajadas columnas de metal. En la calle de Montorgueil, en la calle de Montmartre, había también hermosas droguerías, restaurantes cuyas lumbreras despedían buen olor, escaparates de aves y de caza, comerciantes de conservas, en cuya puerta unos toneles destapados rebosaban de una *choucroute* amarilla, desmenuzada como encajes viejos. Pero en la calle Coquillière, se quedaban absortos aspirando el olor de las trufas. Allí se abre un gran almacén de comestibles, que despide hasta el arrollo tal perfume, que Cadina y Marjolin cerraban los ojos, imaginándose comer cosas exquisitas. Claudio estaba turbado; decía que aquello le hacía daño; iba de nuevo a ver el Mercado del trigo, por la calle de Oblin, estudiando las vendedoras de hierbas de ensalada, bajo las puertas, y la loza ordinaria, extendida en las aceras, dejando a "los dos brutos", que terminaran sus paseos en aquel tufillo de trufas, el olor más agudo de todo el barrio.

Aquellos eran sus grandes paseos. Cadina, cuando paseaba ella sola sus ramitos de viole-

tas, hacía particularmente visitas a ciertos almacenes que le gustaban mucho. Sobre todo, experimentaba viva ternura por la panadería de Taboureau, en donde había una vitrina entera destinada a la pastelería; entraba por la calle de Turbigo, y volvía a ella diez veces, para pasar por delante de las tortas de almendras, de los flanes, los piñonates, las tartas de frutas, los platos, de bizcochos, de natillas, de pasteles, de crema; y la enternecían los tarros de sequillos, de mostachones y de magdalenas. La panadería, clarísima, con sus anchos espejos, sus mármoles, sus dorados, sus estantes para el pan, de hierro pulimentado, y otra vitrina en donde se inclinaban panes largos y lustrosos, con la punta sobre una tableta de cristal y sostenidos más arriba por una varilla de latón, tenía un calorillo agradable de masa cocida, que la invadía toda cuando, cediendo a la tentación, entraba a comprar un bollo de diez céntimos. Otra tienda, enfrente de la plaza de los Inocentes, le producía glotonas curiosidades, un ardor inmenso de no saciados deseos. Aquella era una especialidad para las empanadas, Cadina se detenía para contemplar las empanadas ordinarias, las empanadas de lucios, las empanadas de "foie-gras" trufado; y permanecía allí, meditando, y diciéndose que era menester que acabase por comerlas algún día.

Cadina tenía también sus horas de coquetería. Entonces se compraba mentalmente soberbios trajes en el escaparate de las Fábricas de Francia, que empavesaban la punta de San Eustaquio con inmensas piezas de tela, colgadas y flotando desde el entresuelo hasta la acera. Algo molestada por su bandeja, en medio de las mujeres de los Mercados, con delantales sucios, ante aquellos trajes de domingos futuros, Cadina to-

caba las lanas, las franelas, las cotonadas, para cerciorarse del espesor y de la flexibilidad de la tela. Prometíase algún traje de vistosa franela, de cotonada con rameados o de "popeline" es-carlata. A veces llegaba hasta a escoger en las vitrinas, entre los retales plegados con arte por la mano de los dependientes, una seda pálida, azul celeste o verde manzana, que meditaba llevar con lazos rosa. Por la noche, iba a recibir en el rostro el resplandor de las grandes joyerías de la calle de Montmartre. Aquella calle terrible la ensordecía por sus interminables hileras de vehículos, le daba codazos con su ola continua de muchedumbre, sin que Cadina se separase de su sitio, bajo la línea de reverberos suspendidos por fuera en la fachada de los almacenes. Primero eran las blancuras mates, los agudos destellos de la plata, los relojes alineados, las cadenas colgadas, los cubiertos en cruz y los cubiletes, las tabaqueras, los aros de servilleta, los peines colocados sobre estantillos; pero sobre todo tenía gran cariño a los dedales de plata, que abollaban la gradilla de porcelana, recubierta por un globo. Después, en el otro lado, el leonado relucir del oro amarilleaba los cristales. Una cortina de cadenas largas caía de lo alto, jaspeada de destellos rojos; los relojitos de señora, colocados con la esfera hacia abajo, tenían centelleantes redondeces de estrellas caídas; las alianzas se enfilaban en delgadas varillas de latón; los brazaletes, los broches, las joyas caras lucían sobre el terciopelo negro de los estuches; los anillos encendían cortas llamas azules, verdes, amarillas, violetas, en los grandes sortijeros cuadrados; en tanto que, en todos los estantillos, en dos o tres filas, hileras de aretes, de cruces y de medallones ponían al borde del cristal de las planchitas ricas franjas de tabernácu-

do. El reflejo de todo aquel oro iluminaba la calle con un golpe de sol, hasta el centro del arroyo. Y Cadina creía penetrar en algo de santo, en los tesoros del emperador. Examinaba largamente aquellas grandes joyas de pescaderas, leyendo con cuidado los rotulitos de gruesas cifras que acompañaban a cada joya. Decidíase por los pendientes, por las perlas de coral falso colgadas de rosetas de oro.

Una mañana, la sorprendió Claudio en éxtasis delante de un peluquero de la calle de San Honorato. La muchacha contemplaba los cabellos con aspecto de profunda envidia. Arriba se veía un chorrear de cabelleras, de flexibles trenzas, de mechones desatados, de tirabuzones, de moños de tres pisos, toda una ola de cabellos y sedas, con lazos rojos que flameaban, espesuras negras, palideces rubias, hasta cabelleras blancas para los enamorados de sesenta años. Abajo, las discretas cocas, las "inglesas" todas rizadas, los moños encebados y peinados, dormían en cajas de cartón. Y en medio de aquel cuadro, en el fondo de una especie de capilla, bajo las puntas deshinchadas de los colgados cabellos, giraba un busto de mujer. Esta llevaba una banda de raso cereza, que un broche de cobre fijaba en la canal de los pechos; llevaba un peinado de casada muy alto, adornado con ramos de azahar, y sonreía con su boca de muñeca, con los ojos claros, las pestañas tiasas y demasiado largas, las mejillas de cera, los hombros también de cera como tostados y ahumados por el gas. Cadina esperaba que se pusiera de frente, con una sonrisa; entonces se sentía dichosa, a medida que el perfil se acentuaba y que la hermosa mujer, lentamente, pasaba de izquierda a derecha.

Claudio se indignó. Sacudió a Cadina, preguntándole que hacía allí, ante aquella basura, ante

aquella "zorra desatada recogida en la Morgue". Y se encolerizaba con aquella desnudez de cadáver, aquella falsedad de lo bonito, diciendo que ya las mujeres no se peinaban más que de aquel modo. La pequeña no quedó convencida; la mujer le parecía muy hermosa. Después, resistiéndose al pintor que le tiraba de un brazo, y rascándose de enojo la negra cabellera, le enseñó una trenza roja, enorme, arrancada a la fuerte cuadratura de algún jumento, confesando a Claudio que quería tener aquellos cabellos.

Y en los grandes paseos, cuando los tres, Claudio, Cadina y Marjolín vagaban alrededor de los Mercados, veían en cada esquina de calle un ángulo del gigante de hierro colado. Eran fragmentos bruscos, arquitecturas imprevistas, el mismo horizonte que se ofrecía sin cesar bajo diversos aspectos. Claudio se volvía sobre todo en la calle de Montmartre, después de haber dejado atrás la iglesia. A lo lejos, los Mercados, vistos de través, le entusiasmaban; una gran arcada, una puerta alta, bostezante, se abrían; después los pabellones se amontonaban, con sus dos pisos de techumbres, sus persianas continuas, sus estores inmensos; hubiéraseles creído perfiles de casas y de palacios superpuestos, una Babilonia de metal, de ligereza india, atravesada por terrazas suspendidas, por pasillos aéreos, por puentes volantes tendidos sobre el vacío. Y siempre volvía allí, a aquella ciudad en torno a la cual ganduleaban, sin poder alejarse de ella más de cien pasos. Volvían a penetrar en las tibias tardes de los Mercados. En lo alto, las persianas están cerradas, corridos los estores. Bajo las calles cubiertas se adormece el aire, de un color gris ceniciento cortado por las líneas amarillas de las manchas de sol que caen de los largos ventanales. De los Mercados salen suavizados

murmillos; sobre las aceras suenan los raros pasos de los apresurados transeuntes; en tanto que los portadores, con su medalla, están sentados en hilera sobre los rebordes de piedra, en los ángulos de los pabellones, quitándose los zapatos y cuidando sus pies doloridos. Es una paz de coloso que reposa, en la cual se oye de vez en cuando el canto de un gallo, que sube desde el fondo del sótano de las aves. A menudo iban entonces a ver cargar las cestas vacías sobre los camiones, que cada tarde van a recogerlas para devolvérselas a sus expedidores. Las cestas, marcadas con letras y cifras negras, formaban montañas delante de los almacenes de la calle de Berger. Pila por pila, simétricamente, unos hombres las arreglaban. Pero cuando el montón de cestas, sobre el camión, llegaba a la altura de un primer piso, era preciso que el hombre que había quedado abajo, balanceando el montón de cestas, tomara impulso para lanzarlas a su camarada, que estaba arriba con los brazos extendidos. Claudio, que era admirador de la fuerza y la destreza, permanecía horas enteras siguiendo el vuelo de las masas de mimbre, riéndose cuando un impulso demasiado vigoroso las levantaba y las lanzaba por encima del camión al centro del arroyo. También adoraba el pintor la acera de la calle de Rambuteau y la de la calle del Puente Nuevo, en el ángulo del pabellón de las frutas, en el punto en que se ponen las vendedoras al menudeo. Las legumbres al aire libre le entusiasmaban, sobre las mesitas cubiertas con mojados andrajos negros. A las cuatro, el sol alumbraba todo aquel rincón de verdura. Claudio paseaba mirando curiosamente las coloreadas testas de las vendedoras; las jóvenes, con los cabellos sujetos con redecilla, tostadas ya por su ruda vida; las viejas, destrozadas,

arrugadas, con el semblante rojo, bajo la amarilla tela de sus gorrillos. Cadina y Marjolin se negaban a seguirle, pues veían de lejos a la tía Chantemesse que les amenazaba con el puño, furiosa al verles pillar juntos. Claudio se unía a ellos en la otra acera. Allí, al través de la calle, hallaba un soberbio asunto para un cuadro; las vendedoras al menudeo, bajo sus grandes quitasoles desteñidos, rojos, azules, violetas, sujetos a los palos, formando jorobas en el mercado, y poniendo sus vigorosas redondeces en el incendio de la puesta del sol, que moría sobre las zanahorias y los nabos. Una vendedora, una zarzapastrosa vieja de cien años, resguardaba tres raquíticas lechugas bajo una sombrilla de seda rosa, reventada y lamentable.

Entre tanto, Cadina y Marjolin habían trabajado conocimiento con León, el aprendiz salchichero de los Quénu-Gradelle, un día en que llevaba un pastel a una casa del vecindario. Le vieron cuando levantaba la tapadera de la cacerola, en el fondo de un rincón obscuro de la calle de Mondétour, y que cogía delicadamente con los dedos una empanada. Sonrieronse, y aquello les dió una gran idea del aprendiz. Cadina concibió por fin el proyecto de satisfacer uno de sus más ardientes deseos; cuando encontró de nuevo al chico, con la cacerola, se mostró muy amable y consiguió que le ofreciera una empanada, riendo y lamiéndose los dedos. Pero experimentó cierta desilusión, pues creía que era cosa mejor la empanada. Sin embargo, el chico le pareció preciosísimo, todo de blanco como una niña que va a comulgar, con el hocico astuto y goloso. Invitóle Cadina a un almuerzo monstruo, que dió en las cestas de la subasta de mantecas. Encerráronse los tres, ella, Marjolin y León, entre las cuatro paredes de mimbre, lejos de la gente.

La mesa fué puesta sobre una gran cesta plana. Había allí peras, nueces, queso blanco, cangrejos, patatas fritas y rapónchigos. El queso blanco provenía de una frutera de la calle de la Cossonnerie; era un regalo. Un vendedor de la calle de la Truhanería Grande había vendido a crédito los dos sueldos de patatas fritas. Lo restante, las peras, las nueces, los cangrejos, los rapónchigos, había sido robado en las cuatro esquinas de los Mercados. Fué un banquete exquisito. León no quiso ser menos en amabilidad, y devolvió el almuerzo con una cena, a la una de la mañana, en su cuarto. Sirvió morcilla fría, rodajas de salchichón, un pedazo de cerdo salado, pepinillos y grasa de pato. La salchichería de los Quénu-Gradelle lo había proporcionado todo. Y ya no acabó la cosa; las exquisitas cenas sucedieron a los delicados almuerzos, y las invitaciones siguieron a otras invitaciones. Tres veces por semana hubo fiestas íntimas en el hueco de las cestas y en aquella guardilla en que Florencio, en las noches de insomnio, oía ruidos ahogados de mandíbulas y risas de flautín hasta que rayaba el día.

Entonces, los amores de Marjolin y Cadina se ostentaron una vez más. Fueron completamente dichosos. El se las echaba de galán, decía que la llevaba a un gabinete reservado para comer manzanas crudas o corazones de apio, en algún negro rincón de los sótanos. Un día robó un arenque ahumado que se comieron con gran delicia, sobre el techo del pabellón del pescado, al borde de los canalones. Los Mercados no tenían ni un solo hueco de sombra al que no fuesen ellos a ocultar sus tiernos agasajos de enamorados. El barrio, aquellas hileras de tiendas abiertas, llenas de frutas, de pasteles, de conservas, no fué ya más un paraíso cerrado, de-

lante del cual merodeaba con sordas envidias el hambre de comilones de ambos. Alargaban la mano al pasar por delante de los escaparates, escamoteando una ciruela, un puñado de cerezas, un pedazo de bacalao. Igualmente se aprovisionaban en los Mercados, vigilando las calles de éstos, recogiendo todo lo que caía, y hasta ayudando muchas veces a caer, dando un golpe con el hombro, las cestas de mercancías. A pesar de estos saqueos, las cuentas subían horriblemente en el puesto del vendedor de patatas fritas de la calle de la Truhanería Grande. Aquel vendedor, cuyo tenderete estaba apoyado en una destartalada casa, y sostenida por gruesos palos, verdes de musgo, tenía mejillones guisados nadando en agua clara, en el fondo de grandes ensaladeras de loza; platos de platijas amarillas y tiesas, bajo su lecho demasiado espeso de pasta; cuadrados de cuajar cociendo a fuego lento en el fondo de la sartén; sardinas asadas, negras, carbonizadas, tan duras que sonaban como madera. Cadina, en algunas semanas, llegaba a deber hasta veinte sueldos; estas deudas la agobiaban, y le era preciso vender un número incalculable de ramitos de violetas, porque con Marjolin no había que contar en modo alguno. Por otra parte, se veía muy obligada a devolver a León sus obsequios, y hasta se sentía algo avergonzada por no poder ofrecerle nunca un plato de carne. En cuanto al aprendiz, acababa por coger jamones enteros. De ordinario, solía ocultarlo todo en su camisa. Cuando subía de la salchichería, por la noche, sacaba del pecho pedazos de salchicha, rebanadas de pastel de *foie gras*, manojos de pellejos. Faltaba el pan y no se bebía. Marjolin vió una noche a León besando a Cadina entre dos bocados. Esto le hizo reír. Hubiera podido derribar al pequeño de un pu-

ñetazo; pero no tenía celos de Cadina, a quien consideraba como una buena amiga que se tiene hace mucho tiempo.

Claudio no asistía a estos festines. Habiendo sorprendido a la ramilletera en el acto de robar una remolacha, en una pequeña cesta adornada de heno, le había tirado de las orejas, tratándola de tunanta. Aquello la completaba, decía Claudio. Y, a su pesar, experimentaba algo así como admiración por aquellos animales sensuales, escamoteadores y glotones, abandonados al goce de todo lo que caía; recogiendo las migas caídas de la mesa de un gigante.

Marjolin había entrado en casa de Gavard, contentísimo de no tener nada que hacer sino escuchar las historias sin fin de su amo. Cadina vendía sus ramitos, acostumbrada a los regaños de la tía Chantemesse. Continuaban con su niñez sin vergüenza, yendo siempre a sus apetitos, con vicios ingenuos hasta más no poder. Eran las vegetaciones de aquel grasiento empedrado del barrio de los Mercados, en donde, hasta en el buen tiempo, el barro está negro y peguntoso. La muchacha a los diez y seis años y el chico a los diez y ocho, conservaban la hermosa impudencia de los mocosos que se arremangan en la calle. No obstante, asaltaban a Cadina ensueños inquietos, cuando andaba por las aceras, dando vueltas como a husos a los tallos de las violetas. Y Marjolin también experimentaba un malestar que no se explicaba. A veces abandonaba a la pequeña, se escapaba de alguna correría, faltaba a un agasajo para ir a ver a madame Quénu, al través de los cristales de la salchichería. Lisa era tan hermosa, tan gruesa, tan redonda, que el verla le hacía bien. Experimentaba, delante de ella, la misma plenitud que si hubiera comido o bebido algo bueno. Esto duraba desde hacía

meses. Al principio, había tenido para ella las miradas respetuosas que echaba a los escapara-tes de los drogueros y de los tenderos de sala-zones. Después, cuando llegaron los días de los grandes merodeos, soñó Marjolin, al verla, que alargaba las manos a sus gruesos brazos, lo mis-mo que las hundía en los barriles de aceitunas y en las cajas de manzanas.

Desde hacía algún tiempo, Marjolin veía a la bella Lisa cada día por la mañana. La salchiche-ra pasaba por delante de la tienda de Gavard, se detenía un instante, y hablaba con el comercian-te de aves. Según decía, iba ella misma a la com-pra para que le robaran menos. La verdad era que trataba de provocar las confiancias de Ga-vard; en la salchicheria, el pollero desconfiaba, pero en su tienda peroraba, contaba todo lo que se quería. Lisa se había dicho que por él sabía con exactitud todo lo que ocurría en casa del señor Lebigre; porque tenía sólo mediana con-fianza en su policía secreta, mademoiselle Sa-get. Así se enteró por el terrible charlatán de cosas confusas que la asustaron muchísimo. Dos días después de la explicación que había tenido con Quénu, volvió de la compra palidísima. Hizo seña a su marido de que la siguiese al comedor, y en él, después de haber cerrado las puertas:

—¡Tu hermano se propone mandarnos al pa-tíbulo! ¿Por qué me has ocultado lo que sabes?

Quénu aseguró que no sabía nada. Hizo un gran juramento, afirmando que no había vuelto más a casa del señor Lebigre, y que nunca más volvería. Lisa se encogió de hombros, contes-tando:

—Harás muy bien, a menos que desees dejar-te allí el pellejo... Florencio anda metido en al-gún mal paso, lo presiento... Acabo de saber lo

bastante para poder adivinar a dónde va... ¡Vol-verá a la deportación! ¿entiendes?

Después, al cabo de una pausa, prosiguió la salchichera con voz más tranquila:

—¡Ah! ¡Desgraciado! Estaba aquí mejor que quería, podía volver a ser honrado, no tenía más que buenos ejemplos... No, está en la sangre eso... Se estrellará, con su maldita política... Quiero que esto acabe, ¿lo oyes, Quénu? Ya te lo tengo advertido.

Y pronunció rotundamente las últimas frases. Quénu bajaba la cabeza, esperando su resolu-ción.

—En primer lugar — dijo Lisa, — no comerá más aquí. Basta con que duerma. ¿Gana dinero? Pues que se alimente.

Quénu hizo ademán de protestar, pero Lisa le cerró la boca, diciendo con energía:

—Entonces, elige entre él y nosotras. Te juro que si sigue él aquí, yo me voy con mi hija. ¿Quieres que te hable claro, al fin y a la postre? Es un hombre capaz de todo, que ha venido a perturbar nuestra casa... Pero yo pondré orden, te lo aseguro... Tenlo bien entendido. O él o yo.

Dejó a su marido mudo, y volvió a la salchi-cheria, en donde sirvió media libra de pastel de hígado con su afable sonrisa de hermosa salchi-cheria. Gavard, en una discusión política que Lisa había conducido con gran habilidad, se ha-bía enardecido hasta el punto de decirle que ya vería, que lo iban a derribar todo, y que basta-rían dos hombres determinados como su cuña-do y él para pegar fuego a la ciudad. Este era el mal paso de que hablaba Lisa; alguna conspi-ración a la que el comerciante de aves aludía continuamente, con aire discreto, con risitas que querían dar a entender muchas cosas. La joven veía una partida de agentes de policía invadien-

do la tienda, amordazándolos a ella, a Quénu y a Paulina, y arrojándoles a los tres a un calabozo.

Por la noche, durante la comida, estuvo glacial; no sirvió a Florencio, y dijo varias veces: —¡Parece mentira el pan que comemos desde hace algún tiempo.

Florencio comprendió por fin. Comprendió que le trataban como pariente pobre a quien se echa a la calle. Lisa, en los dos últimos meses, le había estado vistiendo con los viejos pantalones y los viejos redingotes de Quénu; y como Florencio estaba tan delgado como gordo su hermano, aquellas raídas ropas le sentaban de la manera más rara del mundo. Lisa le daba también la ropa blanca vieja; pañuelos veinte veces zurcidos, servilletas deshilachadas, paños que parecían para hacer rodillas, camisas usadas, ensanchadas por el vientre de su hermano, y tan cortas que le habrían podido servir de chaquetas. Por otra parte, Florencio no hallaba ya a su alrededor las suaves benevolencias de los primeros tiempos. Toda la casa se encogía de hombros, como se le veía hacer a la bella Lisa; Augusto y Agustina afectaban volverle la espalda, y la pequeña Paulina tenía crueles dichos de niña terrible, respecto a las manchas de su traje y a los agujeros de su ropa blanca. En los últimos días, padecía más que nada en la mesa. Ya no se atrevía a comer, al ver que la niña y la madre le miraban cuando se partía el pan. Quénu tenía la vista clavada en su plato, procurando no levantarla para no tener que inmiscuirse en lo que ocurría. Entonces, lo que torturaba a Florencio fué el no saber cómo irse de allí. Dió vueltas a su imaginación por espacio de una semana casi, para dar con una frase, que no se atrevía

a pronunciar, diciendo que en lo sucesivo comería fuera.

Aquel espíritu tierno vivía en tales ilusiones, que creía ofender a su hermano y a su cuñada al no comer más en su casa. Había tardado dos meses en percatarse de la sorda hostilidad de Lisa; todavía, muchas veces temía equivocarse, y la hallaba muy buena para con él. El desinterés llegaba en Florencio hasta el olvido de sus necesidades; no era virtud, sino una indiferencia suprema, una falta absoluta de personalidad. No pensó jamás, ni aun cuando se vió echado poco a poco, en la herencia del tío Gradelle ni en las cuentas que su cuñada había querido rendirle. Por otra parte, había establecido ya por anticipado un proyecto de presupuesto; con el dinero que madame Verlaque le dejaba de su sueldo, y los treinta francos de una lección que le había proporcionado la bella Normanda, calculaba que tendría que gastar noventa céntimos en el almuerzo y un franco treinta en la comida. Esto era más que suficiente. Por fin, una mañana se decidió, y echó por pretexto la nueva lección que daba para decir que le era imposible estar en la salchichería a las horas de comer. Esta mentira laboriosa le hizo sonrojarse. Y se excusaba:

—No os sepa mal—decía.—El niño no está libre más que a esas horas... No importa, comeré un bocadito fuera, y vendré después de comer a daros las buenas noches.

La bella Lisa permanecía con la mayor frialdad, lo que cortaba aún más a Florencio. No había querido despedirle, para no poner de su parte ninguna sinrazón, y prefería aguardar a que su cuñado se cansase. Se iba, y era un gran estorbo menos; por lo cual la salchichera evitaba cualquier demostración de amistad que hu-

biera podido retenerle. Pero Quénu exclamó, un poco conmovido:

—No te contraries en nada, y come fuera si te viene mejor... Ya sabes que nosotros no te echamos, ¡qué diablo! Ventrás algunas veces, los domingos, a comer con nosotros...

Florencio se apresuró a salir. Tenía el corazón oprimido. Cuando no estuvo allí, la bella Lisa no se atrevió a reprochar a su marido aquella flaqueza, aquella invitación para los domingos. Quedaba victoriosa, y respiraba a sus anchas en el comedor de encina clara, sintiendo deseos de quemar azúcar para borrar el olor de delgadez perversa que allí percibía. Por otro lado, se mantuvo a la defensiva. Aun al cabo de un semana, sintió más vivas inquietudes. Sólo muy raras veces vía a Florencio, por la noche, y se figuraba cosas terribles; una máquina infernal fabricada arriba, en la alcoba de Agustina, o bien señales transmitidas desde el terrado para cubrir el barrio de barricadas. Gavard adquiría talante sombrío; no respondía más que con movimientos de cabeza, y dejaba la tienda al cuidado de Marjolin por espacio de días enteros. La bella Lisa resolvió salir de dudas y tranquilizarse. Supo que Florencio tenía un día de licencia, y que iba a pasarlo con Claudio Lantier a casa de madame François, en Nanterre. Como debía marcharse muy de mañana para no volver hasta la noche, pensó Lisa invitar a comer a Gavard; de seguro que éste hablaría de sobremesa. Pero en toda la mañana no pudo encontrar al vendedor de aves. Por la tarde volvió a los Mercados.

Marjolin estaba solo en la tienda. En ella dormitaba horas enteras, descansando de sus largos correteos. Generalmente se sentaba y ponía las extendidas piernas sobre otra silla, con la

cabeza apoyada en el armarito del fondo. En invierno, la ostentación de la caza le entusiasmaba; los cabritos colgados boca abajo, con las patas delanteras quebradas y atadas por encima del cuello; los collares de alondras formando guirnaldas alrededor de la tienda, como adornos de salvajes; las grandes liebres rojizas, las moteadas perdices, las aves acuáticas de color gris de bronce, las chochas de Rusia que llegan entre una mezcla de paja, de avena y de carbón, y los faisanes, los faisanes magníficos, con su caperuza escarlata, su gorguerilla de raso verde, su manto de oro nielado, su cola de llamas arrastrando como un traje de corte. Todas aquellas plumas le recordaban a Cadina, y las noches pasadas allá abajo, en la blandura de las cestas.

Aquel día la bella Lisa encontró a Marjolin en medio de las aves. La tarde estaba tibia, y pasaban algunas ráfagas de aire por las estrechas calles del pabellón. La salchichera tuvo que bajarse para ver al chico, tumbado en el fondo de la tienda, bajo las carnes crudas del escaparate. Arriba, suspendidos de la barra de garfios, colgaban gansos cebados, con el gancho hundido en la sangrienta llaga del cuello, largo y rígido, con la masa enorme del vientre, rojiza bajo el fino plumón, mostrándose lo mismo que un desnudo en medio de las blancuras de ropa blanca de la cola y las alas. También se veían, pendientes de la barra, con las patas separadas como para dar un salto formidable, y con las orejas caídas, conejos de espinazo gris, manchado por el mechón de pelos blancos de la retorcida cola, y cuya cabeza, de agudos dientes y turbios ojos, se reía con risa de animal muerto. Sobre la mesa-escaparate, desplumados pollos mostraban su carnosa pechuga; palomos apretados en bandejas de mimbre, ofrecían pellejos desnudos y